

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NUM. 6

Sevilla—Viernes 9 de Enero de 1903

AÑO XXVII

Concentración liberal

La muerte de Sagasta ha dejado coja a la monarquía, al desaparecer con él el partido liberal. Se ha interrumpido el turno, y un fracaso cualquiera por parte del Gobierno actual haría muy difícil la constitución de un gobierno de duración. Por esto, los hombres políticos que rodean el trono de Alfonso XIII, se preparan para agruparse y constituir un instrumento de gobierno. La tarea es mucho más árdua y más difícil de lo que los optimismos señalan.

La conjunción, de ser algo, había de agrupar bajo un programa a hombres de ideas tan encontradas como Moret y Canalejas, como López Domínguez y el Duque de Tetuán, como Montero Ríos y los elementos más jóvenes del partido recientemente disueltos.

Aparte unos pocos, muy contados, los primates del antiguo fusionismo alcanzan una edad muy avanzada, en que las fuerzas físicas han perdido las energías para una lucha activa y una labor constante, y llevan, además, la marca de un pasado de fracasos y de desdichas que no es circunstancia abonada para edificar un templo político a la moderna, capaz, por su amplitud, de dar satisfacciones a la opinión democrática de España, necesitada de hombres llenos de bríos y de entusiasmos, que sientan las ideas, las prediquen y sean capaces de practicarlas desde el poder; y esto no lo podrá realizar nunca esos abigarrados elementos, dispersos de campos enemigos, y que se odian cordialísimamente, porque recelan los unos de los otros, y porque todos ellos se consideran en aptitud y en condiciones de presidir a los demás, y no pasan por ser presididos por otro.

Ayer, con Sagasta al frente del partido liberal, obedecido por el núcleo más importante de esa fuerza política, y consagrada su presidencia por la repetida confianza de la Corona, no quisieron someterse. ¡Cómo van a sumarse ahora! La empresa nos parece irrealizable, y de ello nos felicitamos.

Hay, además, otra razón que hace incompatible toda inteligencia, y ésta está del lado de Canalejas, que ha desplegado a los vientos su bandera radical, y que no puede plegar ni recoger sin herirse de muerte a sí propio y faltando a los compromisos contraídos con sus amigos y con la opinión.

Por esto, nosotros declaramos irrealizable el propósito, debiendo resignarse a morir todo lo viejo y desacreditado que dio vida al partido fusionista, y que, tradiciando los principios de la revolución de Septiembre, sirvió, ante todo y sobre todo, los intereses de la monarquía, y con ella y por ella nos llevó al más terrible descrédito y a la más espantosa caída; y los otros, los que aún tienen aptitudes físicas, talentos y sienten las ideas, éstos deben dar calor a las verdaderas, a las únicas, a las legítimas aspiraciones del país, porque es soñar despierto pretender la existencia de ciertas compatibilidades que se rechazan.

Dejad al Duque de Tetuán en su eterno silencio y con el sudario de muerte, que siga su obra de negación; dejad al señor Romero que se incline a Silveira; dejad a esos elementos del fusionismo antiguo que pacten con Roma y se sometan a las decisiones pontificias; dejad al señor Montero Ríos, que vive todavía en los albores de la revolución, tolerando la anulación de sus leyes de 1870 y buscando la armonía de un catolicismo imposible con las exigencias de la época moderna; dejad a todos los exministros que no tenían más iniciativas que la voluntad del jefe muerto, ni iban más allá que a defender a cañonazos sus cesantías; dejad todo el pasado

que se va con las actuales Cortes, y decidid francamente por la idea nueva, única beneficiosa para el país, sumando todos los elementos genuinamente democráticos al otro lado, al lado de la República, donde tienen su único y natural desenvolvimiento, ahora que el partido republicano se presenta compacto y unido para dar la batalla decisiva.

Esa concentración no se hará, porque todo se opone a su realización: los hombres, la época y las conveniencias nacionales.

A. A.

Murmuraciones

El Sr. Moret, que ha ido a Roma, y en Roma está, ha entablado negociaciones con Rampolla para que el Vaticano le sirva de apoyo en la jefatura que piensa obtener del partido liberal.

El Sr. Moret ha ido a Roma por atún y a ver al Papa.

Ahora bien; el Sr. Moret, como los vecinos que habitan en el Palacio de Oriente, sabía que el Sr. Sagasta estaba a las puertas de Atocha, ó sea a las puertas del panteón de aquellos que mueren por la patria.

Y le dijeron a Moret: — Hay necesidad de que se vaya usted preparando para recoger la herencia, y para ello hay el propósito de que marche a Roma, por dos razones:

La primera, para que se arrodeie a los pies del Santo Padre, nuestro protector, y le exima de las culpas de su pasado revolucionario y radical.

Y la segunda, para que, con su elocuencia persuasiva, le convenza de que es necesario que nos conceda la supresión de algunas diócesis, sin perjuicio de que la Iglesia cobre lo mismo. Esto es: el presupuesto eclesiástico, como tal presupuesto, figurará mermado; pero, de los gastos secretos y de otras componendas, el Estado español se compromete a que la Iglesia siga siempre cobrando lo mismo.

A eso es a lo que ha ido a Roma el señor Moret: a arreglar la cuestión llamada clerical con el Vaticano, fiado desde luego en que él únicamente será el jefe del partido liberal español.

Que Sagasta se moría de un día a otro, queremos decir, prontamente, se sabía en el Palacio, lo sabía Moret, no lo ignoraban los liberales conspicuos; la crisis se solucionó en sentido conservador por eso: porque Sagasta se sentía morir y sin fuerzas, y todo el mundo lo sabía.

Huelgan, pues, todas las suposiciones que se hagan.

Los periódicos madrileños lo aseguran.

Lease: — "El partido será organizado artificioosamente por Silveira y Maura en los comicios y se dará un jefe en el Palacio. Este es el mayor riesgo, porque la corte puede hacer lacayos, gentiles-hombres, grandes y ministros: lo que no le es dable es inventar jefes a su capricho."

Tampoco le es dable, con arreglo a la Constitución hacer otras cosas peores, y les hace.

A Sagasta muerto, Moret puesto.

El agente ejecutivo de Damiel (Ciudad Real) se ha fugado en compañía de la módica cantidad de dos mil duros.

Este agente ejecutivo es demasiado ejecutivo.

Ha creído que la muerte de Sagasta es el acabóse, y se ha dicho:

— ¡Sálvese el que pueda! Con estos dos mil duros ya tengo yo para ir tirando.

Los funerales del jefe del partido liberal los va a pagar el Estado...

— Pero qué razón se da para que el Estado haga semejante atrocidad?

— La de que fué el primer jefe del partido liberal.

— ¿Y eso es todo?

— Todo es eso.

— Le parece que no es nada?

El Noticiero de hoy publica el siguiente significativo suelto:

"A persona que tiene motivos para hallarse enterada del curso de las negociaciones seguidas con el objeto de concertar la unión entre los liberales, le oímos anoche afirmar que aquellas habían fracasado, al menos por ahora."

— Luego resulta cierto lo que yo decía días pasados?

— Que ni la unión se ha hecho, ni se hará. Y no se ha hecho ni se hará, porque en Sevilla no hay partidos; sino agrupaciones de señores, más ó menos ambiciosos y desocupados, que se reparten los puestos públicos y el sufragio universal a medida de su capricho.

Dice un colega de esos que se ocupan en minucias:

"Han puesto a la venta los del monopolio unas cajas de cerillas, de las que llaman sordas, que cada vez que se procede a encender una, hay que taparse los oídos y los ojos."

No debían anunciarlas como cerillas, sino como cohetes.

En cambio, las de otras cajas carecen de cabeza; y las de otras hay que encenderlas todas a la vez, porque están pegadas.

Nadie las nueva...

que estar no puede con Quevedo a prueba.

O lo que es lo mismo:

Nadie se ocupe en los abusos de las Empresas monopolizadoras, porque éstas pertenecen a los señores gobernantes, y estos señores son como Juan Palomo: ellos se lo gusan, y ellos se lo comen.

L'Observatore Romano ha dejado de publicarse en Roma porque los operarios no cobraban sus jornales.

Dicho periódico es el órgano del Vaticano.

¡Y como el Vaticano está tan pobre!

¡Y por qué no lo han puesto en conocimiento del Estado español católico apostólico romano?

Avisenlo, y ya se proveerá aunque sea del fondo señalado para la extinción de la filoxera.

Como dicen todos los periódicos que la muerte de Sagasta ha producido duelo general, voy a copiar lo siguiente:

"Desde Barco de Valdeorras han telegrafiado al doctor Enríquez manifestándole que los partidarios del señor Quiroga, al saberse la gravedad de Sagasta, festejaron a aquel disparando bombas y cohetes desde sus casas."

Esté hecho provocó la indignación pública y las protestas de los amigos del señor Sagasta.

Lo que prueba:

Que la muerte de dicho señor no ha sido duelo general, sino duelo particularísimo entre todas aquellas personas que le querían y le debían agradecimiento.

Total: una muerte cualquiera, porque a cualquiera le sucede lo mismo.

Dice un telegrama que remiten desde Madrid:

"El último asunto político de que se enteró el señor Sagasta fué el telegrama que le dirigieron desde Sevilla los señores Héctor y Abreu y Borbolla, después del banquete de la noche del 4."

El señor Merino se propone remitir el telegrama para que lo conserve como recuerdo al señor Héctor y Abreu.

Y como el resultado del telegrama ha sido un fiasco, cuando lo reciba el señor Héctor, debe de ponerlo en un cuadro con la siguiente inscripción:

"Esta fué la última mentira que leyó el gran mentiroso Sagasta a la hora de su muerte."

CARRASQUILLA.

La locura periodística

Es una enfermedad del espíritu como otra cualquiera y que se va extendiendo de un modo aterrador entre la gente de "pluma."

Fundar periódicos nuevos es una obsesión que invade a todo el que sabe emborrachar cuatro cuartillas, y las pérdidas y fracasos son lecciones completamente estériles.

Todo periodista sueña con ser propietario de un periódico, o, por lo menos, director, sin reparar que para lo primero hace falta mucho dinero, y para lo segundo aptitudes y energías no muy comunes.

Es un defecto nacional: todos queremos ser cabezas de algo, aunque sea de ratón; el cargo obscuro y modesto nos causa horror a todos los españoles.

Si el progreso intelectual de España hubiera de medirse por el número de periódicos que en ella se publican, seríamos el pueblo más culto de la tierra.

Inglaterra, los Estados Unidos, Francia, que son los países donde hay más periódicos, quedan muy rezagados de nosotros relativamente a nuestra población y número de escritores.

Y, sin embargo, la estadística dice que hay en España doce millones de analfabetos.

Para quién, pues, se escriben tantos periódicos? No lo sé.

El pueblo, "las masas ignoras" tenían antes mucha fe en las "letras de molde"; hoy están muy desengañados; les ha invadido el escepticismo general.

El concepto vaciado antes en las columnas de un periódico llevaba para el vulgo todos los caracteres de la veracidad. Hoy todo el mundo se pone en guardia. "Cosas de la prensa", dicen, y se encogen de hombros.

Antes se decía: "Mientes más que el demonio." Ahora se dice: "Mientes más que la Gaceta."

Y la Gaceta es un periódico; bien es cierto que oficial y gubernativo.

Por cuál laborintica serie de concausas ha llegado la prensa a este desprestigio? Una de las principales, el excesivo número de periódicos.

Ya lo dice el apotegma: "Lo que abunda, daña."

No hay publicecillo insignificante que no tenga, además del órgano de su iglesia, su correspondiente "órgano escrito."

Todos son "ecos de la opinión", defensores de los "intereses locales", protectores de la "justicia y el trabajo."

Hay muchos pueblos sin escuelas, sin hospitales, mal disciplinados, ¡hasta sin caciques! Pero casi no hay ninguno sin periódico "local y regional."

De las ciudades grandes no hablemos. Madrid, Sevilla, Valencia, Bilbao, arrojan periódicos nuevos como prospectos de farmacia. Desde el 1.º de este año han salido a luz nuevas y abigarradas publicaciones con monos y sin ellos, políticas y literarias, de gente "nueva y vieja", afiladas o independientes, particulares ó cosmopolitas. Verdad es que a los fundadores de periódicos nuevos les pasa lo que a los autores del género "chico": que no saben "refrescar" los papeles.

No es nuevo más que el título del periódico, tiene todos los defectos que pretende corregir e imita servilmente a los mismos que pretende suplantar.

Es un mismo perro que varía de collar.

Apareció el cacareado *Diario Universal*, y es una copia defectuosa del *Heráldo*: los mismos tipos, el mismo tamaño, los mismos epígrafes y hasta sale a la misma hora.

También salió el *A. B. C.*, pariente del perfumado y anodino *Blanco y Negro*, y otros cien que he visto por esos kioscos y que serán flor de un día.

Y no cuento los canajistas que "iban" a salir. Pero ya saldrán.

Los de Barcelona ya no se pueden contar. Los hay para todos y de todos los colores; cada día se ven títulos nuevos. Salen dos ó tres números y desaparecen. Pero resurgen otros a llenar el vacío y las prensas "gimen" noche y día.

Todos los periódicos, al aparecer, se llaman "independientes".

Es un calificativo que miro siempre

con prevención. Hay muchas independencias que vegetan sobre la esclavitud. Y si esa independencia es cierta, es ridículo hacer ostentación de una cualidad que, por lo mismo que es obligatoria, en un "órgano de la opinión" carece de mérito. Los periódicos "nuevos" me dan lástima. Me hacen el mismo efecto que un lujoso bazar instalado en un barrio pobre y desierto. Tienen la quiebra sentada a la puerta, y el comerciante no la ve porque está detrás del mostrador.

Hay que desengañarse: cada periódico tiene su fisonomía y carácter particular y sus ideales peculiares, que si no llenan un vacío, el tiempo no los autoriza y la opinión no los consagra, mueren indefectiblemente. Porque se olvida esto salen todos los días títulos nuevos en páginas virgenes, y pasan como meteoros.

La labor de los periódicos nuevos en lucha con los antiguos es sangrienta y estéril. Las hormigas no transportarán jamás el peñón de Gibraltar al centro del Sahara.

Por no comprender esto se arruinan ciertas Empresas periodísticas, empeñadas, como noble averiado, en sostener blasones y esplendores cuya época pasó.

No quiere decir esto que nos halague cortar iniciativas y mejoras plausibles. Pero nos contrasta esa prolífica abundancia de seres escualidos que no salen a luz más que para lanzar cuatro vahidos y morir luego en la obscuridad y en el olvido.

El balance anual de la "locura" periodística "acusa un número aterrador de defunciones: la mayoría no pasaron del estado de fetos.

¿Escarmentarán los que sienten la cohección de fundar periódicos? Creo que no.

"Ciento treinta y cinco" obras teatrales se han estrenado en Madrid el año 1902. Si se hubiesen contado los periódicos "estrenados" y que ya fallecieron, nos asustaríamos.

Las enfermedades de la mente tienen desde ahora una nueva fase: la locura periodística.

Que dañe al enfermo y a los que le rodean.

Pero, así y todo, dirán muchos que nos lean:—¿Quién tuviera un periódiquillo para darse pisto!

ERASMO.

EL RENCOR

(CUENTO)

—Sí, le odio con toda el alma, le deseo una desdicha eterna, el infierno si le hay... todos los males juntos.

Era un vehemente; un viril, un corazón vibrante para todas las pasiones. Queriendo a su madre, hubiera matado por ella; amando a su novia, hubiérase hecho una desgarradura en la carne para entregarla palpitante el corazón por un beso alocado o por una mirada honda de sueños y placeres; odiando, había sacrificado la vida más hermosa, la juventud más ideal por el placer de echar un salivazo a la cara de un enemigo.

—Usted no sabe cómo se vive en la aldea, cómo soporta el aldeano la carga del cura, siempre amo y siempre obedecido. Ataca desde el púlpito, en vez de aconsejar dulzuras y perdón; no deja hacer bailes en el campo, prohíbe el trabajo, el amor, todo. Si se habla con una muchacha, se condena uno; si no se va a misa, el infierno para siempre; si no se dan los panes y los ochavos consiguientes, castiga Dios; si come usted carne en viernes y lo sabe él, lo cuenta desde la cátedra y le acusa, y manda a los convecinos que se espanten... Va a casa de usted y le obliga a la confesión; se mezcla en el matrimonio de nuestra hija y nos prohíbe que se case con Fulano. Es espantoso. No se cómo hay conciencias, a no ser de acero, capaces de soportar un peso semejante. No sé cómo hay pueblos, a no ser rebaños, que puedan vivir así, con la eterna sombra negra, metiéndose en todos los rincones de la vida privada y de la vida de los corazones. No le dejan a uno ni la libertad de ir al infierno. Si me da la gana ir, ¿por qué se ha de meter usted en que no vaya? ¿Quiero? ¡Pues que, me dejen! Es terrible una esclavitud tan negra, un mandato tan omnímodo, tan poderoso, que se empeña

entrar hasta en el rincón más escondido y guardado de las almas.

¡Ah! Es un recuerdo que no puedo borrar, una página de la vida miserable de mi niñez que está pasando siempre delante de mis ojos. Y cuando los cierro, cuando me empeño por amor al perdón y por amor a los muertos, no ver aquel paisaje sombrío; cuando pongo toda mi voluntad en no ver, lo oigo, suena, golpea mi cabeza, mis sentidos. Parece una vibración de mi alma, que se transforma de ondas luminosas de imágenes en ondas sonoras, en aire, en ventazo, en trueno, en tempestad... ¡Qué digo!

... Antes que me echase el hambre de la casa de mi madrastra, había muerto mi padre. Entre mi madre y mis hermanas, mayores que yo, sacaban de las tierras la miserable vida para todos. El trabajo de treinta años no había conseguido un ahorro siquiera, y mi padre se fué al otro mundo cansado de tirar de la rejá como un buey.

¿Para qué había vivido, levantándose al amanecer y volviendo del campo después de una lucha tremenda contra la Naturaleza, *divertida* en ahogarle en el incendio de la llanura muchos días, y en extremecerle en el cierzo nevador, otros? Las tierras y la ignorancia no daban el pan necesario; al hijo mayor se lo quitó la patria, esa ladrona que roba hijos de pobres para sostener privilegios; el cacique le robaba media personalidad, obligándole al voto; el cura le quitaba la otra media, obligándole a creer... ¿Para qué vivió entonces? ¿Se cansó de vivir y, entreviendo su filosofía ruda el mal enorme que preside el mundo, se encogió de hombros y tuvo asco!...

Elo es que se murió—continuó contándome—y que más solos todavía, el trabajo se duplicó y la vida fué más difícil aún. Yo me fui a Cuba para mandarle algo. Pero tengo ese recuerdo doloroso, amarguísimo, de aquellos últimos días del pueblo. Ahora, corrido el mundo, tengo la vergüenza más grande, cada vez que voy a la aldea y veo a todos mis parientes sin personalidad alguna, aniquilados por el señor cura que dice esto y asegura lo de más allá...

Era un día de fiesta, empeñada la iglesia en que se guardase contra la voluntad de los que trabajaban. ¿Tanta comida había en el pueblo, tanta sobra de dinero y bienestar había por la aldea para que no se fuese al campo aquella mañana? Mi madre me llamó temprano, cogió la pobre el azadón al hombro y nos echamos por la calleja adelante, camino de la tierra. Aprovecharíamos la mañana por lo menos. Unos oscuros nubarrones venían empujados por un viento de nieve, desde el lado allá de los montes que cerraban la salida del valle. Un grupo de aves de invierno se levantó del río graznando en el amanecer triste del pueblo. Entonces pasábamos por delante de la casa del cura, que apareció en la ventana, abriéndola estrepitosamente. Sonó en aquel momento la campana de la torre llamando a misa.

—¡Eh! ¿Dónde vais vosotros?
—Voy a trabajar un poco, don Andrés.

Se enfureció brutalmente y nos gritó con las manazas fuera de la ventana:

—¿A trabajar? Mucho ojo conmigo. ¡A casa otra vez y a soltar ese azadón!

Y como nos quedásemos clavados frente a él, sin atrevernos a volver ni a continuar, dijo de nuevo con una furia de amo sin educación:—¿Queréis que baje yo? Pues esperad un poco y veréis, ¡animales! Mi madrastra se volvió agachada la cabeza como un perro amenazado y cobarde. Yo la seguí hacia casa en aquel paseo vergonzoso y humillante, con un dolor muy hondo de esclavitud que no entendí bien hasta después de pasados algunos años en otro mundo de libertad y de cultura...

Recordando ahora, de hombre, mi madre muerta, y libre alguna vez, mis hermanos conmigo fuera de la aldea deprimente, aquella vuelta a casa contra nuestra voluntad soberana de haber trabajado todas las horas del día y de la noche, me parece la vuelta derrengada de la gruta ó el cambio forzoso de camino de dos ovejas escapadas y libres... ¡Ah! si ahora le cogiese entre mis manos, ¡cómo había

de pagarme aquella ofensa!... ¡Mas hoy!...

Así se borraría de mis ojos y de mi alma todo el horror de aquel anochecer triste de campo, aquel paisaje obscuro de las nubes pesadas de la nieve, aplastando la figura encorvadita de la pobre madre, echada a la casuca por la amenaza brutal de aquel lobazo negro...

R. SÁNCHEZ DÍAZ.

La despedida

Una noche de las más crudas del último invierno encontrábame con mis camaradas José, Daniel, Enrique y Gaspar, en una oculta y obscura cervicería de una de las calles más tortuosas y retiradas de Madrid.

Habíamos salido aburridos de la función de teatracho por horas, y nos encontramos todos bajo el misterioso peso de un extraño malestar.

Gaspar Peña, bebedor incansable, bohemio desaharrapado e incorregible, pidió una botella de ron, y nosotros, conociendo su viejo vicio, le dejamos hacer.

Pronto tuvimos delante la bebida y las copas, Daniel Ugalde, al ver la copita, la apartó de sí, y con gesto agrio y desabrido, dirigiéndose a Gaspar, le dijo:

—¡Siempre igual...! Tómate tú la botella, si quieres. Para mí ya sabes que está de más.

—Daniel—murmuró Gaspar.—¿Qué sabes tú lo que yo busco en esa copa que tú egoísmo quiere apartar de mí?

—Buscarás el olvido del hambre—interrumpióle.—Penas, ¡eres incapaz de tenerlas ni de haberlas tenido!

El pobre bohemio bajó la cabeza con humilde resignación, y por toda respuesta a su osado insultador, llena la voz de palpitante emoción y empañados los ojos por las lágrimas, se contentó con murmurar, mordiendo las palabras que pronunciaba lentamente:

—Daniel, ¿sabes tú lo que son penas?... ¿Qué necesidad tienes tú de beber? ¡Qué facilidad para encontrar el motivo de insultarme!... Somos los hombres tan espantosamente egoístas, que aun a las personas que deseamos amar, a las que creemos encerrar en el círculo de nuestras afecciones, a esas sentimos la violenta precisión de hacerlas daño siempre que podemos. Hé ahí un hombre como todos (*con creciente exaltación*, se dice mi amigo, y creo que lo es; me da la mano, y en sus raos dichosos me la aprieta con cariño, y sin embargo, basta el influjo de sabe Dios qué para encontrar en cualquier pretexto al motivo de llamarme hambriento y borracho... ¿Crees que se padece el hambre por gusto de sentirlo? ¿Crees que se va a la borrachera por el placer de que el alcohol nos quemé la sangre? Deseando yo cortar la penosa situación que presentaba, interrumpí a Gaspar, diciéndole:

—Daniel no quiso ofenderte en nada. No juzgues con esa ligereza a un amigo. No sé qué demonio nos preside esta noche, pero presiento que si siguiéramos reunidos acabaríamos por pegarnos.

—Tienes razón—dijo Gaspar, al mismo tiempo que su fisonomía recobrabá la perdida tranquilidad.—Yo me voy a la cama.

Y dicho y hecho; cogiendo su sangriento sombrero, y embuchándose de un trago una enorme copa de ron, se envolvió en la parda capa y desapareció por la puerta, exclamando:—A la paz de Dios.

Llegué aquella noche a mi casa con la cabeza dolida y presa el alma de un malestar indefinible. La escena de la cervicería contribuyó a aumentar mi mal humor. Subí las escaleras alumbrándome con la cerilla que me dió mi sereno, y ya casi en mi piso, una racha de aire me apagó la candelita.

—Esta noche tengo a mi pobre espíritu enfermo—pensé, mientras daba a la llave de la luz. En el espejo del recibiente pude contemplar la intensa palidez que daba a mi cara un aspecto de enfermo.

En mi cuarto ardía la lumbre. Los maderos quemábanse en la chimenea, y convidándome su grato calorillo, acerqué mi sillón, y casi tendido en él, encendí mi último cigarrillo. Insensiblemente fuíme quedando adormilado. Recuerdo que en mi ensueño ví que las llamas de los leños que se quemaban delante de mí fueron modelando mágicamente una cara, y reconocí en mi pesadilla la cara de mi camarada Gaspar.

—Ya ves—decíame la fantástica cabeza.—Yo no he dicho, no dire jamás, mis desgracias a nadie. ¿Para qué? ¿Quién es capaz de comprenderlas? Nadie. Todos los míos me dejaron hacer ya mucho tiempo. Mi padre el primero, viejo de largas y blancas barbas, se marchó siendo yo niño. Luego, atravesando mil y mil penas,

hambres, desprecios, estrecheces y miserias, pudo mi madre darme una carrera, en la que la pobre cifafrada toda su dicha. Recuerdo, amigo mío, que para el día siguiente a la terminación de mi carrera veía ella el primero de nuestra dicha... Pan seguro, rápidos triunfos, blancas felicidades. Se murió la pobre con la tierra de promisión antes los ojos, y sus últimos dolores coincidieron con aquellos días de mis tareas de licenciatura. Sus postreras palabras fueron alegrándose de completar sus sacrificios, renunciando a los días de dicha ya vecinos.

—Dios lo quiere—me decía—y El no me cree digna de verte a tí hecho un hombre. Así murió, y yo, con los ojos fatigados por las vigiliás de su cabecera, llegué un día al tribunal, que me dijo:—Ya eres alguien.

Después... ¡cuánta lucha! Un día y otro trabajando por asegurar el pan con el honrado trabajo, y un día y otro acaparando negros desengaños y tristezas. Las puertas del triunfo no se abren para los hijos del dolor. El destino, cuando señalaba a un paria—añadía la espantosa visión,—es inflexible é inevitable. Es preciso é ineludible caer, y créeme, amigo mío, en el vencimiento no hay deshonra ni vergüenza. Se cae porque debe acerse.

¿Comprendes cuán injusto era Daniel el llamarme eso que me llaman todos, haragán y borracho? ¿Comprendes cuánto era el dolor mío al ver a uno de vosotros, de mis únicos amigos, de los que habéis puesto muchas veces en la mano la delicada limosna, criticar mi pertinaz afición a lo único que hace olvidar?

Yo caigo ya como la piedra en las aguas obscuras y tranquilas de la dulce muerte, y con el poder de mi idea atravieso las paredes, las calles, las plazas de este Madrid tan grande y llegó aquí a charlar por última vez contigo... Dí a los que se mofen de mi memoria, díles mañana que morir cuesta a veces mucho menos trabajo que vivir.

Dí un salto en el sillón, y lleno de honda pena, poseído de mi tremenda visión, burlándome de mi fascinación, quise encontrar descanso en el sueño. Toda la noche la pasé intranquilo, inquieto; ya muy de mañana, el sueño vino a mis ojos y el descanso suavizó mis ásperos nervios.

Serían las once cuando mi criado me despertó. Hablaba con alguien que pretendía verme...

—Manuel, ¿quién es? Déjale entrar.

—Soy yo, amigo mío—dijo Daniel Ugalde, penetrando atropelladamente en mi alcoba.—Levántate enseguida. Tengo que darte una mala noticia...

—La sé ya—le interrumpí rápidamente.—Gaspar se ha matado anoche.

—Mi amigo quedóse completamente desconcertado, y lleno de asombro me interpeló:

—¿Y quién te lo ha dicho?

—El mismo.

—¿Cuándo?

—Poco después de matarse...

Y era cierto... LUIS DE ARMIÑAN.

De actualidad

Dato llevará al Consejo de mañana un proyecto reglamentando la inspección de prisiones, para evitar abusos que vienen cometiéndose.

Ferrol.—En el banquete oficial celebrado en la Capitanía general surgió un incidente de etiqueta sobre antigüedad.

Al general de infantería de Marina Díez Ríos, sentáronlo a la izquierda del que presidía y a Morgado a la derecha.

Ríos reclamó el puesto de la derecha por su antigüedad.

Madrid.—En el salón de conferencias ha habido marejada política entre moretistas y monteristas, que recaban los votos de los exministros para que en la reunión voten su respectiva candidatura para jefe del partido liberal.

Los canalejistas también trabajan para que se les sumen los prohombres liberales.

Llegó y expusose en el Congreso la magnífica corona de bronce que el Comité liberal de Barcelona dedica a Sagasta.

La comisión de la Carraca entregó a Sánchez Toca el índice de trabajos.

Pareció excelente, pero encontrándole el inconveniente de ser de carácter particular.

Insistió en que no puede resolver el conflicto hasta recibir la nota de Ramos